



Lámpsakos

E-ISSN: 2145-4086

lampsakos@amigo.edu.co

Fundación Universitaria Luis Amigó
Colombia

Cardozo P., Carlos Enrique
ACERCAMIENTOS A LA CIENCIA, LOS SUEÑOS Y EL ESTADO DE VIGILIA EN
DESCARTES
Lámpsakos, núm. 2, julio-diciembre, 2009, pp. 60-67
Fundación Universitaria Luis Amigó
Medellín, Colombia

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=613965348010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](https://www.redalyc.org)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

APPROACH TO SCIENCE, DREAMS AND WAKEFULNESS IN DESCARTES

ABSTRACT

Both modern philosophy owes to Descartes that is difficult, if not impossible to determine all the influence it has had the French philosopher, and to what extent is a precursor of the ideas of his successors. Many passages from the works of Descartes contain thoughts, problems and solutions in an embryonic state and bursting with possible interpretations of good ideas. A good example is the brief but well-known that Descartes makes comparison between dreams and wakefulness. With this comparison was called to what Kant was later to call "the scandal of philosophy". Descartes uses the phenomena of sleep, compared with the "reality" of the waking state, indicating that it is perfectly possible to doubt the existence of a real world beyond the subjective experiences of the human mind.

Keywords: dreams, wakefulness, philosophy.

ACERCAMIENTOS A LA CIENCIA, LOS SUEÑOS Y EL ESTADO DE VIGILIA EN DESCARTES

Carlos Enrique Cardozo P.

UNIACC, Chile

cecardozo@rediffmail.com

(Artículo de REFLEXIÓN) (Recibido el 18 de mayo de 2009. Aprobado el 14 de agosto de 2009)

RESUMEN

Tanto le debe la filosofía moderna a Descartes que resulta difícil, cuando no imposible, determinar toda la influencia que ha tenido el filósofo francés, y hasta qué punto es un precursor de las ideas de sus sucesores. Muchos pasajes de las obras de Descartes contienen pensamientos, problemas y soluciones en estado embrionario plétóricos de interpretaciones posibles y de buenas ideas. Un buen ejemplo es la breve pero bien conocida comparación que Descartes hace entre los sueños y el estado de vigilia. Con esta comparación dio principio a lo que más tarde Kant había de llamar "el escándalo de la filosofía". Descartes utiliza los fenómenos del sueño, comparados con la "realidad" del estado de vigilia, para señalar que es perfectamente posible dudar de la existencia de un mundo real más allá de las experiencias subjetivas de la mente humana.

Palabras clave: sueños, vigilia, filosofía.

INTRODUCCIÓN

Descartes observa que mientras soñamos tenemos experiencias muy parecidas a las que tenemos despiertos. Mientras soñamos creemos estar en un mundo real en el cual somos objetos entre otros objetos. Nos ponemos en contacto con otras personas, con animales, plantas, edificios, máquinas, y las tratamos de la misma manera más o menos que cuando estamos despiertos. Parecen tener la misma existencia independiente que las de nuestro estado de vigilia, es decir, nos vemos más o menos libres para manejarlas como queramos, pero, lo que es más significativo, su existencia parece ser independiente de la nuestra (Descartes, 1988). Pero cuando despertamos nos damos cuenta de que no existe un mundo real

objetivo que corresponda al de nuestros sueños, y que el mundo de los sueños estaba exclusivamente formado por fenómenos subjetivos. Nos preguntamos si no es posible que el mundo real sea también, como nuestros sueños, una mera realidad ilusoria.

Descartes describe el problema y su asombro al descubrirlo, de la siguiente manera:

¡Cuántas veces me ha pasado por la noche soñar que me encontraba en este preciso lugar, que estaba vestido y sentado cerca del fuego, mientras que en realidad estaba acostado y desnudo en la cama! En este momento no me parece que estoy viendo este papel con los ojos abiertos; que esta cabeza que estoy moviendo no está dormida, que es con toda intención y voluntad que extiendo la mano y que la percibo; lo que sucede en los

sueños no aparece ni tan claramente ni de una manera tan distinta como todo esto. Pero al meditar acerca de esto, recuerdo que muchas veces durmiendo, me han engañado ilusiones parecidas, y al profundizar en ésta meditación veo tan claramente que no existen indicaciones ciertas por las que podamos distinguir claramente la vigilia del sueño, que no salgo de mi asombro. Y mi asombro es tal, que casi me puede persuadir de que ahora estoy soñando (Descartes, 1937).

En este artículo se presenta una investigación reflexiva cuyo fruto es la consulta exhaustiva de por lo menos diez (10) investigaciones acerca del tema. Además, el compendio, análisis y presentación de resultados es producto de un trabajo dedicado de más de catorce (14) meses, en los que se recolectaron aportes de más de cien (100) fuentes, pero que se decantaron hasta llegar a los aquí presentados.

PRIMER ACERCAMIENTO

Un análisis de esta comparación entre los sueños y los fenómenos del estado de vigilia, revela hechos importantes e interesantes acerca de la concepción que Descartes tenía tanto de los sueños como de la realidad. Ante todo, salta a la vista, tanto de otros pasajes de la filosofía de Descartes como el ya mencionado, que considera que la existencia del mundo real fuera de nuestras mentes es un hecho dudoso basado en la limitada evidencia que nos ofrece la experiencia de nuestros sentidos.

La comparación de esta experiencia con los sueños no hace más que poner de relieve su dudosa naturaleza de una manera asombrosa. Pero más sutil y singular que su actitud respecto a la dudosa existencia de la realidad, puesto que ésta se la puede comprender sin gran esfuerzo, es su falta de duda acerca de la naturaleza de los sueños. El que nuestras experiencias mientras estamos despiertos revelen o no la existencia de objetos reales independientes de la mente, se considera igualmente dudoso (Adams, 2000).

Descartes está convencido de que no hay nada seguro acerca de la “realidad” del mundo que percibimos despiertos. Sin embargo, aunque reconoce la naturaleza dudosa de este mundo, no vacila en lo que respecta a la naturaleza del mundo de los sueños. No puede dudar que los sueños sean

meramente subjetivos, idea que confirma además su famoso *cogito*. Aunque es posible dudar de lo objetivo de la experiencia, es imposible dudar de su subjetividad.

Sin embargo, tenemos que señalar los renglones en los que Descartes nos dice: "...veo tan claramente que no existen indicaciones ciertas por las que podamos distinguir claramente la vigilia del sueño, que no salgo de mi asombro". Si no existe diferencia alguna entre el estar soñando y el estar despierto, ¿cómo se puede concebir que uno sea de carácter dudoso y el otro no? Si las experiencias que tenemos mientras estamos despiertos nos presentan un mundo cuya realidad es dudosa, ¿no nos presentarán también lo mismo los sueños, ya que no difieren del estado de vigilia, de la misma incierta manera? O si nuestros sueños son de verdad puramente subjetivos y no representan una realidad que esté más allá de nuestra propia mentalidad, ¿no sería lo que experimentamos despiertos tan evidentemente subjetivo como lo otro, y suprimiría hasta la cuestión de la validez de un mundo objetivo más allá de la experiencia?

Si no fuera porque para hacerle justicia a las ideas y a los intentos por descubrir la verdad de un filósofo, no se debe juzgar a éste por los juicios aislados que hace, sino que se deben interpretar esos juicios en relación con lo que ha dicho antes y después, en suma, en relación con la totalidad de sus ideas, estaríamos justificados en acusar a Descartes de haber incurrido en una contradicción evidente. Pero se deduce claramente no sólo de lo que dice en otras partes, sino también de lo que dice inmediatamente después, que él considera desde luego que los sueños y la realidad no se parecen más que en ciertos aspectos, que son los que le hacen dudar y le asombran, pero que son fundamentalmente diferentes (Defez, 2006).

Descartes dice en seguida, modificando su frase, que literalmente es contradictoria: "...y mi asombro es tal, que casi me puede persuadir de que ahora estoy soñando". Está "casi" convencido de que la realidad no es sino un sueño. Si hubiese considerado que los sueños eran indistinguibles del estado de vigilia, la palabra "casi" quedaría desplazada, e igual le sucedería a todo el problema acerca de la dudosa existencia del mundo

real. La “realidad” entonces es para Descartes dudosa, pero la “irrealidad” de los sueños no lo es en absoluto. La conclusión a la que llega en lo que respecta a la diferencia que hay entre los sueños y las experiencias que tenemos despiertos, puede parecerle poco más que una perogrullada a cualquier realista convencido, para quien todo el problema de confundir y distinguir los dos reinos es hilar demasiado delgado (Wilson, 1989). Sin embargo, el realista no llegaría a darse cuenta de que muchas veces la filosofía tiene como deber el examinar lo perogrullesco de lo llamado obvio, lo cual en el caso del problema de la “realidad” del mundo que percibimos despiertos no resulta tan evidente después de todo (Torrades, 2005). A los sueños se los puede confundir con la realidad, y a la “realidad” con los sueños, y sólo un análisis cuidadoso puede despejar la confusión.

Un paso decisivo en el análisis del problema es señalar que mientras soñamos, el mundo que nos representamos a nosotros mismos parece “real”. Mientras soñamos no llegamos a darnos cuenta con precisión de que estamos soñando y pensamos que lo que experimentamos es “real”. En el estado del sueño confundimos el soñar con la “realidad” porque parecen ser lo mismo en esencia. Sólo cuando nos despertamos nos damos cuenta de que lo que se nos aparecía como una “realidad” no era más que un sueño, y por lo tanto el problema de la “realidad” de los dos estados no se revela como evidente hasta que podemos compararlos (Descartes, 1937).

Además, la comparación de los dos reinos o estados se hace con base en el estado de vigilia. Mientras estamos despiertos es cuando la mayoría de las veces nos acordamos de que hemos estado soñando, pero ¿cuántas veces recordamos, mientras estamos soñando, nuestro estado de vigilia previo? -algunas veces es posible, mientras se está soñando, darse cuenta de que uno está soñando, pero probablemente esto se debe a que uno está medio despierto; de todos modos, la conciencia de estar soñando viene seguida inmediatamente por el despertar.

Descartes se da cuenta de que la confusión inicial entre los sueños y la “realidad” sucede en los sueños, de aquí que él afirme: “*¡Cuántas veces me ha pasado por la noche soñar que me encontraba en este preciso*

lugar, que estaba vestido y sentado cerca del fuego, mientras que en realidad estaba sentado y desnudo en la cama!” Cuando está despierto se da cuenta de que aunque él sentía que lo que estaba soñando era “real” mientras lo soñaba, una vez despierto, la ilusión se desvanece. De esto se sigue que si las experiencias que se tienen en el sueño son verdaderamente lo mismo que las que se tienen despierto, la ilusión de que los sueños son “reales” nunca se desvanecería (Horne, 2001). Seguiríamos considerando ambos estados “reales” o ambos “irreales”.

SEGUNDO ACERCAMIENTO

Esta confusión de los sueños con la “realidad” es una experiencia común a todo el mundo, que sin embargo nunca se analiza a fondo, especialmente cuando se trata de señalar la evidencia con la que la confusión, una vez estamos despiertos, queda inmediatamente aclarada. Pero, la confusión más importante desde un punto de vista filosófico es la confusión de la “realidad” con los sueños (Defez, 2006). Esta confusión que es más radical, tiene su origen cuando consideramos que las experiencias que tenemos despiertos son subjetivas como nuestros sueños, y cuando tratamos de hallar en ellas una evidencia definida de que no son meramente subjetivas, es decir, que verdaderamente comprueban la existencia de un mundo objetivo e independiente de nuestra experiencia. Cuando nos damos cuenta de que nuestra experiencia no puede decirnos por sí sola más de lo que en ella encontramos directamente, el mundo que percibimos despiertos cobra verdaderamente una cualidad de sueño (Descartes, 1988).

A parte de la doble confusión y por lo tanto doble razón por la que no debemos ver “*indicaciones ciertas por las que podamos distinguir el estado de vigilia del sueño*”, los dos estados, como todo el mundo lo ha podido experimentar por sí mismo, por lo general se distinguen. ¿A qué se debe esta distinción? ¿Por qué se considera a los sueños productos fantásticos de la mente mientras que se consideran las experiencias que se tienen despierto como indicadoras de un mundo “real”, con una naturaleza que existe independientemente de la mente?

TERCER ACERCAMIENTO

De la comparación entre los sueños y el estado de vigilia se obtienen muchas razones probables para explicar por qué se considera que los sueños son “irreales”, puros fenómenos mentales y nada más. Algunas de estas razones hay que aceptarlas como válidas, y otras hay que rechazarlas por tener poca o ninguna base. Descartes nos ofrece una de estas razones en el pasaje que hemos citado, al decir: “...en este momento no me parece que estoy viendo este papel con los ojos abiertos; que esta cabeza que estoy moviendo no está dormida, que es con toda intención y voluntad que extiendo la mano y que la percibo; lo que sucede en los sueños no aparece ni tan claramente ni de una manera tan distinta como todo esto”. Una diferencia tan manifiesta entre los sueños y el estado de vigilia se le ocurrirá casi en seguida a cualquiera. Los sueños no son tan claros y distintos como las experiencias que tenemos mientras estamos despiertos.

Pero Descartes rechaza esta diferencia rápidamente, aunque no nos da ninguna razón para hacerlo, salvo decir que no existe diferencia alguna entre el estado de vigilia y el sueño (Klösch y Kraft, 2004). La idea de que los sueños son menos “reales” porque son menos claros y distintos, se basa probablemente en que estamos despiertos la mayor parte del tiempo; el mundo que percibimos despiertos nos acompaña más que el mundo de los sueños, y por consiguiente consideramos como nuestro a aquél, el mundo en que verdaderamente vivimos y que conocemos mejor. Por esto se le toma la medida de la “realidad”, de modo que lo que se parece al mundo del estado de vigilia es “real” y lo que no se le parece es “irreal”.

Para el hombre común, que es un realista, lo que se ve, oye, toca y huele clara y distintamente es real, lo cual es todo lo opuesto a lo que sostienen filósofos como Descartes quien desconfía de los sentidos, creyendo tan sólo lo que se nos da clara y distintamente en la mente (Descartes, 2001), o como Platón, que considera el mundo de las sensaciones como meras apariencias y no realidad (Crombie, 1962).

Para el realista común, cuanto menos se percibe una cosa claramente por los sentidos, tanto menos es real (Brunton, 1976). Se

puede decir que una cosa que no se da claramente carece de existencia, ya que está ausente en parte. Pero si meditamos un poco más sobre este problema, tenemos que reconocer que aunque algunos de nuestros sueños son vagos, constituyen sin embargo una realidad en sí mismos, y que resultan vagos solamente en comparación con los fenómenos del estado de vigilia. El que un mundo sea o no claro, no es un criterio válido para juzgar la “realidad” o “irrealidad” del mismo (Descartes, 1988). Por lo tanto, Descartes estaba plenamente justificado al rechazar esta consideración.

CUARTO ACERCAMIENTO

Si Descartes hubiera podido aprovecharse de los descubrimientos de Freud (1913, 1920, 1938, 1968, 2009), habría visto de una manera más definida y clara la razón por la que es correcta su suposición básica de que los sueños son productos de la mente que no nos revelan ningún mundo físico real. El análisis de los sueños de Freud presenta toda clase de evidencias de que los sueños son una imitación o copia del mundo que percibimos despiertos, que el subconsciente utiliza para expresarse a sí mismo. Según Freud resulta claro que el contenido de los sueños está en gran parte tomado de los incidentes que vivimos despiertos (Freud, 1938). Rara vez sucede que sea verdad lo contrario, es decir, que lo que sucede en el estado de vigilia haya sido tomado de los sueños.

La creencia de que los sueños profetizan lo que nos va a pasar en el futuro ha sido desprestigiada por el estudio científico de los sueños (Wilson, 2001). Los sueños, pues, parecen ser una especie de copia del mundo que percibimos despiertos. Este hecho nos señala que lo que es “real” del mundo de los sueños, es decir, los aspectos del mundo de los sueños que pudieran ser considerados como indicaciones de que existe un mundo físico objetivo, pierde su significado como tal, porque todo el sueño no es más que un símbolo subjetivo construido con los fenómenos del mundo que percibimos despiertos. Como lo ha demostrado Freud (1913), se puede trazar el origen de los sueños en los incidentes de nuestra vida despierta, pero no representan, como las experiencias de ésta, ningún mundo objetivo, sino experiencias psíquicas que han surgido en relación con éste.

Según Freud, un sueño puede ser causado por un trauma psíquico que sucede en nuestra vida despierta (Ricoeur, 1990). Un incidente de nuestra vida despierta ocasiona muchas veces una reacción psicológica que casi en seguida queda reprimida en el subconsciente y que se libera solamente en forma de símbolos de los sueños. El sueño sirve para volver a traer el incidente o reacción reprimida al estado consciente, donde se le da una expresión más completa y el reconocimiento que exige. Los sueños, más que presentarnos un mundo objetivo, revelan las profundidades del mundo subjetivo (Wilson, 2001).

QUINTO ACERCAMIENTO

Otra diferencia importante entre el soñar y el estar despierto, sobre la que Descartes hubiera podido fundamentar sus conclusiones que en esencia son lógicas, es el hecho que aquél carece de un orden o leyes consistentes, que se encuentran en éste, y que sirven de base para postular la existencia de un mundo objetivo que corresponde a nuestras experiencias. Por supuesto que los sueños, como lo ha demostrado Freud, tienen sentido a pesar de su naturaleza aparentemente caótica, se puede descubrir en ellos un orden y un significado verdaderos, determinados por leyes psicológicas. Pero el orden psicológico es muy diferente del físico, y pone de manifiesto algo que es totalmente distinto.

Uno de los primeros filósofos en notar esta importante diferencia de órdenes fue Kant, quien considera que el único punto decisivo de distinción, entre los sueños y las experiencias que tenemos despiertos, es que éstas nos presentan una serie de datos que coinciden en sí mismos y que están sujetos a leyes, mientras que en los sueños estos datos se nos aparecen como un caos incoherente de impresiones aisladas que se desplazan las unas a las otras (Kant, 1948).

Debemos añadir que el orden de por sí no hace que un mundo sea más “real” que otro, como tampoco lo hace el que el orden de los sueños sea esencialmente diferente del orden de las experiencias del estado de vigilia. La diferencia de “realidad” consiste en que el orden característico del mundo del estado de vigilia, indica que existe un mundo objetivo que le corresponde, mientras que el

orden del mundo de los sueños se refiere a tales factores subjetivos como deseos o conflictos, que no han sido logrados o que han sido reprimidos.

Resulta manifiesto, por ejemplo, que en nuestra vida despierta nos podemos acostumbrar a cierto orden en la naturaleza física. Parece que ciertas cosas no pueden suceder, y que ciertas cosas sí suceden por lo común, y que ciertos sucesos conducen de una manera natural a otros sucesos (Horne, 2001). En los sueños, sin embargo, puede pasar cualquier cosa. Algunas veces en sueños nos es posible volar sin la ayuda de ningún aparato; podemos realizar grandes proezas de fuerza física, mientras que muchas veces hasta nos es imposible correr media cuadra, de tanto que nos pesan los pies, o de tan perezosos que los tenemos. En sueños, podemos plantar una semilla de manzano y esperar lógicamente que crezca un manzano. Puede resultar que en lugar del manzano nos salga un melocotonero o un poste de teléfonos. Una causa dada no tiene un efecto correspondiente.

SEXTO ACERCAMIENTO

Algunas veces el orden de los sueños parece seguir el orden del mundo de nuestra vida despierta, pero de repente este orden cambiará y se convertirá en algo que no se parece a nada de lo que experimentamos despiertos (Withers, 2008). Nos parece pues que un mundo que no corresponde al orden del mundo que percibimos despiertos, es falso e irreal. El mundo que percibimos despiertos parece ser básicamente el mismo en todo momento, pero el mundo de nuestros sueños cambia tan radical y espontáneamente sin causa aparente alguna, que en realidad parecen ser varios mundos y no solamente uno.

Este último aspecto caracteriza el mundo de los sueños como algo discontinuo. En la realidad que percibimos despiertos se sienten los estados de vigilia como partes de un todo mayor. Esto se debe al hecho de que el todo, del cual los estados de vigilia parecen ser sólo partes, puede ser sentido en toda su totalidad (Hatfield, 2007). Por ejemplo, experimentamos el paso de la noche al día y por consiguiente cuando nos dormimos por la noche y nos despertamos a la mañana siguiente, suponemos que ha tenido lugar la

transición natural de la noche al día, aunque hemos experimentado ambos extremos del proceso. La noche ha precedido al día en nuestra experiencia y creemos que la noche se ha desarrollado o se ha transformado en día, exactamente como si hubiésemos estado ahí para verlo.

También en el mundo que percibimos despiertos los diferentes estados de vigilia tienen una calidad común, que los identifica y establece su relación mutua o su continuidad. De esta manera un estado es la continuación de otro que le precede. Cuando nos despertamos por la mañana nos encontramos en el mismo mundo en el que nos acostamos en la noche. Nos despertamos en circunstancias muy parecidas a las de antes, y los cambios que han ocurrido son los que podemos esperar que sucedan con el curso natural del tiempo. Tenemos verdaderamente la impresión de que continuamos nuestras vidas como antes. Existe una relación esencial entre uno y otro estado, y por esto podemos creer que hay etapas en el desarrollo de los mundos que ocurren sin que las percibamos. De este modo parecería que hay un mundo objetivo, un mundo “real” existente fuera de nuestra mente, pero objeto de nuestra experiencia. La manifiesta continuidad de nuestra vida despierta, sin embargo, no nos proporciona una prueba precisa de la “realidad” del mundo, pero sí nos proporciona alguna indicación (Machamer and McGuire, 2006).

SÉPTIMO ACERCAMIENTO

El mundo de los sueños es, por comparación, desde luego discontinuo. En sueños, cada sueño aparece como un todo, independiente de otros sueños que le precedan o le sigan, ya que no parece ser parte de algo mayor. Cada sueño raro parece ser el resultado natural o el desarrollo de otro. Por ejemplo, podemos ser guapos en un sueño y feos en otro. En el mundo de los sueños no hay relación manifiesta entre el hecho de ser guapo en una ocasión y feo en la otra.

El mundo de los sueños no parece ser un mundo sino muchos, y por lo tanto no tenemos la impresión de que el mundo siga evolucionando mientras no estamos presentes para verlo; por el contrario, el mundo de los sueños parece ser nuevo cada vez (Fearing, 1929). Nos referimos tan sólo al

desorden aparente de los sueños, es decir, a su incoherencia física y falta de continuidad. Según Freud (1913), sin embargo, los sueños son símbolos psicológicos del subconsciente, y como tales no tienen nada de desordenados ni de absurdos.

Pero la coherencia del mundo “real” y la incoherencia del mundo de los sueños no se manifiestan sólo entre un estado de vigilia y otro, en comparación con sueños separados, sino también en los incidentes del desarrollo de cada estado de vigilia o sueño. Los distintos episodios del día que vivimos despiertos, forman más o menos una unidad coherente. Con el paso del tiempo, en la vida despierta, los sucesos se desarrollan naturalmente en una secuencia consistente, pero en un sueño en el cual puede pasar cualquier cosa, cada período o momento puede ser cambiado de una manera radical (Wilson, 1989). Podemos soñar un instante que estamos en un cuarto cómodo y al instante siguiente que estamos en un desierto abrasador.

La coherencia y continuidad entre las experiencias del estado de vigilia puede no probar nada definido en cuanto a la “realidad” del mundo, como se menciona antes. Sin embargo, el orden sí que indica, aunque de una manera incompleta, una “realidad” independiente de la mente (Cascardi, 1984); pero en el mundo de los sueños la incoherencia y falta de continuidad entre estados y sucesos son los rasgos más evidentes. El desorden y la falta de uniformidad en los sucesos del mundo de los sueños, convierten cualquier conjectura acerca de la existencia de un mundo objetivo en una fantasía, que no está basada en absoluto en una experiencia del sueño, porque si viviésemos exclusivamente en el mundo de los sueños no podríamos deducir de nuestra experiencia ninguna razón para afirmar la existencia de un mundo “real”.

El mundo de los sueños no se presta a una interpretación realista porque no se le pueden encontrar leyes definidas o relaciones causales. Tales leyes y conexiones son necesarias para la interpretación realista de la experiencia, porque ellas, tanto como otras experiencias, proporcionan la base sobre la que debe descansar la teoría realista. Cuando comparamos los sueños con

el mundo que percibimos despiertos, vemos que están tomados de éste, y son utilizados como instrumentos que expresan la mente subconsciente y no indican verdaderamente la existencia de ninguna “realidad” objetiva (Cole, 1992).

CONCLUSIONES

Como Descartes se dio cuenta, la “realidad” del mundo que percibimos despiertos es dudosa, porque un estudio cuidadoso del mismo revela la limitada evidencia de su “realidad”. Es difícil determinar si las experiencias que tenemos despiertos pueden o no trascender sus limitaciones. En algunos respectos sí pueden hacerlo, pero toda evidencia de trascendencia es en su mayor parte limitada, lo cual quiere decir que el estado de “realidad” del mundo que percibimos despiertos es ambiguo, y está limitado a ser una experiencia subjetiva, al mismo tiempo que sugiere una objetividad trascendente. El caso de los sueños presenta una imagen más parcial, en la que toda la evidencia, o por lo menos, gran parte de ella, nos muestra que los sueños revelan la mente subconsciente. El estado de la “realidad” de los sueños es indudable y la percepción de Descartes al respecto es básicamente correcta.

Al considerar dudosa la “realidad” del mundo, Descartes demostró tener más

sentido que muchos de sus sucesores que se inspiraron en su duda para negar totalmente la existencia de un mundo objetivo o, lo que viene a ser lo mismo, para sostener que nada se puede saber de él.

Contribuyó Descartes al descubrimiento y a la consideración plena, cuando no en última instancia, a la solución de uno de los problemas más importantes de la filosofía, comparar la realidad a los sueños. Pero su comparación fue más que nada un artificio con el cual hizo hincapié en la verdad esencial de su idea, que las experiencias del mundo que percibimos despiertos proporcionan una evidencia dudosa en lo que toca a la realidad. Si se hubiese dado mayor cuenta de las inferencias de su comparación y de la importancia de su distinción implícita entre los sueños y la realidad, si hubiese examinado la naturaleza de la evidencia dudosa enfocando el problema de una manera más positiva que negativa, quizás hubiera ido más lejos en la solución de su duda. El mismo no entendió suficientemente bien sus propias vistas, de ahí que éstas no fuesen desarrolladas adecuadamente. Sin embargo, con ellas nos demostró una vez más hasta qué punto el futuro de la filosofía estaba latente en su pensamiento (Keefer, 1996).

REFERENCIAS

1. Adams, V.R. (2000). Manual de principios de neurobiología. México: McGraw-Hill Interamericana.
2. Brunton, P. (1976). La sabiduría del yo superior. Buenos Aires: Editorial Kier.
3. Cascardi, A. J. (1984). Cervantes and Descartes on the dream argument. Bulletin of the Cervantes society of America, Vol. 4, No. 2, pp. 109-122.
4. Cole, J. R. (1992). The olympian dreams and youthful rebellion of René Descartes. University of Illinois Press: Urbana.
5. Crombie, I. M. (1962). An examination of Plato’s doctrines. London: Toutledge & Kegan Paul Ltd.
6. Defez, A. (2006). Unamuno, Descartes y la hipótesis del sueño. Revista de Filosofía, Vol. 31, No. 1, pp. 7-20.
7. Descartes, R. (1937). The meditations and selections from the principles. Munich: Open Court Publishing Company.
8. Descartes, R. (1988). The passions of the soul. Selected Philosophical Writings. 218-238.
9. Descartes, R. (2001). Meditations on first philosophy. New York: Hackett Publications.
10. Fearing, F. (1929). René Descartes. A study in the history of the theories of reflex action. Psychological Review, Vol. 36, No. 5, pp. 75-388.
11. Freud, S. (1913). The interpretation of dreams. New York: Macmillan.
12. Freud, S. (1920). A general introduction to psychoanalysis. New York: Horace Liveright.
13. Freud, S. (1938). Basic writing. Nueva York: The Modero Library.

14. Freud, S. (1968). The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud. Volume 21. The Future of an Illusion. London: Hogarth Press.
15. Freud, S. (2009). On creativity and the unconscious: The psychology of art, literature, love, and religion. New York: Harper Perennial Modern.
16. Hatfield, G. (2007). The passions of the soul and Descartes's machine psychology studies. *History and Philosophy of Science Part A*, Vol. 38, No.1, pp. 1-35
17. Horne, J. (2001). Variaciones sobre la función del sueño. *Mundo Científico*, No. 226, pp. 48-51.
18. Kant, E. C. (1948). Vida y doctrina. México: fondo de Cultura Económica.
19. Keefer, M. H. (1996). The dreamer's path: Descartes and the sixteenth century. *Renaissance Quarterly*, Vol. 49, No. 1, pp. 45-25.
20. Klösch, G. y Kraft U. (2004). Naturaleza de los sueños. *Mente y Cerebro*. Número 8. 62-68.
21. Machamer, P. and McGuire J. E. (2006). Descartes's changing mind. *Studies In History and Philosophy of Science Part A*, Vol. 37, No. 3, pp. 398-419.
22. Ricoeur, P. (1990). Freud: una interpretación de la cultura. Barcelona: Siglo Veintiuno Editores.
23. Torrades, S. (2005). La naturaleza de los sueños: Últimos indicios científicos. *Ámbito Farmacéutico Neurología*, Vol. 24, No. 9, pp. 134-140.
24. Wilson, C. (1989). Subjectivity and representation in Descartes: The origins of modernity. *History of European Ideas*, Vol. 10, No. 3, pp. 387-389.
25. Wilson, J. (2001). El significado de los sueños. *Investigación y Ciencia*, Vol. 2, No. 28, pp. 80-87.
26. Withers, R. (2008). Descartes' dreams. *Journal of Analytical Psychology*, Vol. 53, No. 5, pp. 691-709.

Ω